

# ALGUNOS SOLITARISMOS

CARLOS DÍAZ

*Miembro del Instituto E. Mounier*



**P**or definición, cuando más me siento en soledad es cuando menos existo en realidad.

Por reduplicación, cuando me siento en grosera soledad ni siquiera me siento.

Por contraposición, quien más sólo está es quien menos existe.

Por relacionalidad, la soledad es siempre cosa de dos: entonces uno de ellos o ambos andan perdidos y demediados sin el otro.

Por convicción, no puedo afirmar que de mis soledades voy y a mis soledades vengo, ya que —sin ninguna relación con nadie— nadie es nadie, ni siquiera la soledad.

Por derivación, cuando me siento en soledad es porque estoy en mala compañía, a saber, la mala compañía de no tener compañía, ni buena ni mala.

Por petulancia, el hombre que dice «estoy solo» es el mismo que dice «sólo sé que no sé nada»: lo primero es demasiado yo quejándose de la poquedad de su yo, lo segundo demasiada sabiduría lamentándose de su poca sabiduría. Dos formas de una misma inmodestia.

Por naufragio, el solitario ofrece su mano demasiado rápidamente al primero que llega.

Por desesperación, el solitario ahoga la mano salvadora que pretendía rescatarle.

Por memez, no pocos narcisistas (y llamamos el nombre de uno muy afamado entre ellos) aseguran que la soledad es la gran talladora del espíritu. Pobre talla y pobre talle.

Por higiene, la mancha de la soledad, no siendo la mancha de la mora, no se quita con otra soledad más grande y profunda.

Por desgracia, demasiadas sociedades no pasan de ser colectivos apanicados por el miedo a la soledad personal. Allí casi todos son casi nadie.

Por extensión, demasiadas intimidades no pasan de ser refugios mórbidos por desconfianza de la comunión interpersonal. ¡Cuánto miedo!

Por constitución, cien años de soledad no hay mente que los aguante ni cuerpo que los resista, aunque sí autor que los escriba y describa.

Dudo que pueda alcanzar la máxima soledad posible quien no se interese por la máxima compañía posible, por igual motivo dudo que pueda alcanzar la máxima compañía posible quien no se interese por la máxima soledad posible.

La soledad es también un problema deportivo: o te pasas o no llegas, y en consecuencia una manifestación rigurosa de la insuficiencia y limitación de los espíritus, incluso de los más arriesgados.

Sólo el máximo ser —el único Dios— sería capaz de ser al mismo tiempo el máximo solitario, el único solitario. Pero aquí hablaríamos ya de una unisoleidad polipresencial cuya sola mención excede de los límites de la mera razón humana. Esa podría ser la raíz del misterio de Dios en la coincidencia de los opuestos. Quién sabe.

De la soledad no cabe afirmar que cuando ella está yo no estoy, ni lo contrario. Lo malo de la soledad es que ella está para quien no está, e incluso también para quien no está del todo. Demasiados celulares. ¿Estamos?

La muerte conllevaría la muerte de la soledad, pero no su solución sino su agravación por desesperanza.

La muerte no sería la solución si en ella no hubiera algún tipo de vida; tampoco la vida evitaría la soledad si en ella no reconociésemos la presencia en ella de un poco de muerte.

La máxima muerte coincidiría con la máxima soledad, esto es, con el desgarró, la oclusión y el destierro.

Tú me matas cuando me desgarras y abandonas ocluyendo nuestra relación interpersonal. Yo te mato cuando te desgarró y abandono ocluyendo nuestra relación interpersonal.

¿Y qué pasa cuando tú a mí y yo a ti nos hacemos sentirnos más solos?

Dos soledades unidas por una mano: mano a mano con la soledad.

Una soledad más otra soledad no hacen soledad común. Una mala compañía más otra mala compañía no hacen compañía alguna. Ni sólo, ni mal acompañado.

Hay que hacerse una sana soledad para lograr una sana compañía. Dependencias no, gracias.

Existe una soledad preconventional que incapacita para decir tú; está otra soledad convencional que sólo capacita para el compadreo utilitario; finalmente hace acto de presencia una soledad posconventional que socializando la soledad socializa la comunidad. Estas últimas son las más capaces de grandes amistades.

Recétate tiempo para tu soledad de altura. Esta es la razón por la cual el secreto de una buena vejez es un pacto honrado con la soledad honrada, no con cualquier soledad erizada, es decir, a la defensiva y con púas.

Yo lucho contra la tentación de esa soledad desesperada que —a modo de remordimiento— absorbe mi alma sana y la degrada generando un monstruo verde y viscoso que ya sólo sabe despreciar. Y lo siento. 